

Cien Anos de Soledad en el camino de una Mitología Hispanoamericana. Una mirada desde la Psicología Analítica*

Héctor Antonio Espinoza
Universidad de Carabobo
profesorhectoruc@gmail.com
Fecha de recepción: 23/02/2009
Fecha de Aceptación: 17/04/2009

Resumen

A partir de Celorio (2007), el autor propone desde la Psicología Analítica la lectura de *Cien años de soledad*, de G. García Márquez (1967), como un continente mitológico que permita un diálogo con nuestro inconsciente colectivo. Hay en la obra paralelismos importantes con las mitologías universales, como el desamor, la migración, la raigambre, la formación y mantenimiento de la genealogía, la soledad y la búsqueda del paraíso perdido, entre otros temas. Pero sin duda, y tal como desde el título se anuncia, el rasgo psicológico fundamental que nos caracteriza como pueblo es el de la soledad que nos ha acompañado históricamente desde el arribo del Almirante de Palos. El artículo desarrolla tres (3) puntos que el autor considera esenciales en nuestro vivir: 1) La actitud ante las carencias, 2) La violencia como necesidad. 3) Opciones de/ante la soledad. Ante esta última, el alma hispanoamericana puede desarrollar un sectarismo guerrero, una depresión con alcances fisiológicos o, por el contrario, cristalizar la reconciliación necesaria para el camino de la individuación, *ser gente con la gente*.

Palabras Clave: Literatura como Mitología, Antropología Hermenéutica.

Cien Anos de Soledad in the way of a Spanish-American Mythology: A look from the Analytical Psychology

Abstract

From Celorio (2007), the author proposes from Analytical Psychology reading *Cien Años de Soledad*, G. García Márquez (1967), a mythical continent that allows a dialogue with our collective unconscious. There are important parallels in the work with the universal myths, such as indifference, migration, the roots, the formation and maintenance of the genealogy, loneliness and the search for paradise lost, among other topics. But no doubt, and as from the title is announced, the key psychological trait that distinguishes us as a people is the loneliness that historically has been with us since the arrival of Admiral de Palos. The article develops three (3) points that the author considers essential in our life: 1) The attitude gaps, 2) violence as a necessity. 3) Options / to loneliness. Given the latter, the Spanish American soul can develop a sectarian warrior reaches a physiological or depression, however, to crystallize the reconciliation necessary for the journey of individuation, *with people being people*.

Keywords: Literature and Mythology, Anthropology Hermeneutics

Celorio (2007), a partir de *Otro poema de los dones* de Jorge Luis Borges, compara los dos grandes textos homéricos con dos grandes textos garciamarquianos. Borges da gracias *por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises*. En efecto, en *La Ilíada* Homero relata que la beldad de la princesa espartana fue el punto de arranque de un tejido de genealogías que se traducen en acontecimientos vinculados entre sí trágicamente hasta la destrucción de Troya²³. En *La Odisea* se relatan los obstáculos sucesivos del héroe para arribar finalmente a Ítaca, donde se halla Penélope vestida de sus perseverancias particulares, la esperanza y la lealtad.

Celorio invita a comparar *Cien años de soledad* con la *Ilíada* por la trama genealógica de los Buendía, que vivifica los acontecimientos múltiples al punto de crear una *realidad total* que culmina con la destrucción de Macondo, como acertadamente observa Vargas Llosa (2007). Por su parte, *El amor en los tiempos del cólera* (García Márquez, 1985) es una trama tejida en la perseverancia de Florentino Ariza, quien no descansa en más de medio siglo hasta no verse coronado con su diosa, Fermina Daza.

Los Mitos en la fundación de civilizaciones

Los poemas homéricos, en especial *La Ilíada*, están en la génesis de la mitología de la civilización occidental, como lo está sin duda alguna *La Biblia*. Se ha dicho y escrito mucho acerca de ello, mas interesa en este ensayo destacar el punto de vista de la Psicología Analítica.

* Hay al final un **glosario** que condensa lo esencial de los conceptos indicados con un asterisco.

²³ Como es sabido, tal devastación acontece en el libro VIII de *La Odisea*, con el que culmina el ciclo troyano, el final natural de *La Ilíada*.

De acuerdo a Nilsson (1972) y a Gombrich (1977), los mitos griegos re-editan legados orientales milenarios. Hay trazas en los poemas de Homero que provienen de tradiciones aélicas muy anteriores a su confección formal, con lo cual parece que las raíces literarias son muy profundas. Hubo en la Atenas y en los diversos reinados adyacentes de los siglos VI y V a. C. una cristalización de imágenes e ideas donde participaron una variedad de autores, que hoy podríamos sustantivar como artistas, poetas, dramaturgos, místicos, sacerdotes, historiadores, filósofos y políticos, aunque para entonces tales límites profesionales eran inexistentes o estaban muy diluidos. Con todo, son los padres de la civilización, como lo son igualmente los diversos profetas del Antiguo Testamento, así como Cristo El Mesías y sus seguidores.

En *La Ilíada* destacan las *dynamis* de dioses diferenciados un contraste importante con las tradiciones predecesoras, que expresan la diversidad de perspectivas de las psicologías en juego en la contienda troyana, que hoy día podemos rescatar “como modelos para todas las posibilidades psíquicas e imaginables” (López-Pedraza, 2002).

La referencia a estas tradiciones no implica descartar otros componentes culturales, raíces, asimismo de nuestros complejos* civilizatorios. La tradición helénica y la judeocristiana son puntos de partida que serán enhebrados con esos otros componentes, tal como se verá en las próximas líneas.

Tal diversidad parece ser consustancial con la participación de los variados pueblos, de culturas muy distintas, que se apersonaron en esa confrontación, a tal punto que podría considerarse como la primera guerra mundial. Pero como señala Baricco (2005), las

enseñanzas de *La Ilíada*, como compensación a su evidente carácter teológico y épico²⁴, se hallan solapados el laicismo, la feminidad, la paz y el parlamentarismo. Aspectos por cierto más explícitos en los mitos que pueblan *La Biblia* como libro de libros que apuntala la civilización occidental, y más aun en las narrativas de los textos sagrados o las tradiciones orales de otras civilizaciones y culturas, como la americana aborigen, la africana o las extremo-orientales, todas de valor ostensible en el diálogo con nuestro inconsciente colectivo.

Resulta llamativo, a pesar de que *La Ilíada* es una epopeya, que en el primer texto homérico perviva un reconocimiento a los vencidos, lo que habla de la capacidad de ser voz de la humanidad y no sólo de los aqueos y sus aliados.

Es una historia escrita por los vencedores y, a pesar de todo, en nuestra memoria permanecen también, cuando no sobre todo, las figuras humanas de los troyanos. Príamo, Héctor, Andrómaca, incluso hasta los pequeños personajes como Pándaro o Sarpedón (Baricco, 2005, p. 180).

Baricco (Op. cit) insiste en que el aspecto femenino ofrece providencias para el respeto y la aceptación. Lo femenino se halla no sólo en la mujer, sino en los mismos hombres, quienes postergan por horas, días, semanas y aun meses los combates, no como una ceremonia de la cobardía, si no por la necesidad del parlamentarismo, de asambleas que parecen no tener fin.

²⁴ La *épica* es un relato que canta las glorias heroicas usualmente vinculadas al origen y destino de un pueblo. Puede usarse como sinónimo de *epopeya*, aunque ésta se aplica también en específico para designar poemas que se nutren de fuentes orales muy antiguas, encarnadas en los *aedos* o poetas al estilo de los muy posteriores trovadores provenzales (Estébanez Calderón, 2000).

En ese libro entonces parecen concentrarse muchos de los complejos* del mundo actual. Por un lado, la polaridad menos evidente, la que contempla la feminidad traducida en el diálogo, la paz y el laicismo. Es el lado más socorrido cuando la polaridad de la violencia se hace extrema, como ocurre precisamente en el primer texto homérico, cuyas líneas exaltan mayoritariamente el espíritu heroico y la pasión guerrera.

De modo que nos hallamos ante un libro que sienta las bases mitológicas de una civilización, la occidental, que al mismo tiempo - como observa Jorge Luis Borges (en López-Pedraza, 2000a)- descansa sobre otro gran libro, o biblioteca, *La Biblia*, conjunto de textos orientales o, más exactamente, meso-orientales.

El *Éxodo* hebraico contiene vicisitudes de contiendas como *La Ilíada*- y obstáculos múltiples para llegar a la *tierra prometida*, como puede ser Ítaca en la *Odisea*. Aunque en los textos semíticos hay explícitas confrontaciones bélicas (libros *Samuel*, *Reyes*, *Crónicas*, *Macabeos*, etcétera), ellas son minoritarias en contraste con la escabechina permanente del gran poema homérico. Como apunta Campbell (2005), en *La Biblia* prevalecen héroes culturales, redentores o santos, de modo que las contiendas son necesariamente más espirituales, más *psíquicas*, más simbólicas.

Podrían plantearse como hipótesis de trabajo, siguiendo el razonamiento de Celorio, algunos paralelismos entre la Biblioteca meso-oriental y *Cien años de soledad*. Por ejemplo, que las 32 guerras promovidas por el Coronel Aureliano Buendía, aunque marcan y definen algunos rumbos capitales en la trama, no son parte decisiva del hilo argumental de la novela, trenzado antes bien por otros temas como el desamor, la raigambre, el mantenimiento de la genealogía, la soledad. También puede decirse que la migración y la

formación de su estirpe parecen caracterizar el ímpetu de José Arcadio Buendía, un héroe cultural, quien emprende dos veces la búsqueda geográfica del paraíso perdido. O que el trastorno meteorológico que acaba con Macondo tiene las mismas raíces morales que la pulverización divina de Sodoma y Gomorra en el libro del *Génesis*, e idéntico papel que los diluvios de muchas mitologías (Campbell, 2005; Cirilot, 2004).

En el interés por revisar los antecedentes de una mitología hispanoamericana ²⁵, es conveniente tocar algunos puntos clave para entender la interacción entre dos polos culturales fundamentales para el desarrollo psicológico de la civilización. Para López-Pedraza (2000a) la conjunción del helenismo con el judeocristianismo genera *ansiedad cultural*, caracterizada por la presencia de un inconsciente politeísta y una conciencia monoteísta, lo que traduce una tensión emocional permanente que dificulta la reflexión sobre los propios complejos culturales y hace que se constituyan en repeticiones existenciales sin apenas aprendizaje. Para González (2007), la cuestión estaría mejor canalizada si se considera al *monoteísmo* como el principio unitario en la psique que rige las dinámicas en la diversidad y al *politeísmo* como una *dinamys* de potencias diversas en torno a un principio nuclear.

Otro punto interesante en esta discusión es el hecho de la colisión histórica entre los propios monoteísmos, como ha ocurrido con virulencia en la península ibérica entre los siglos VIII y XV, en Palestina en la época de las Cruzadas y en la actualidad, y desde la segunda mitad del siglo XX en Oriente Medio, África y en los mismos

²⁵ Prefiero el uso de este término antes que *latinoamericano*. Primero, porque éste es un anglicismo; segundo, porque nuestra síntesis cultural va más allá de lo *latino* (de los pueblos que hablaban latín en la vigencia del imperio romano). La raíz *hispánica* contempla lo *ibero*, lo *latino*, lo *celta* y lo *arábico*, principalmente. Lo *americano* -nos guste o no el nombre- contempla lo *pre-colombino*. En cuanto a lo *africano* es menester nombrarlo explícitamente cuando la especificidad lo requiera. "Sólo en Estados Unidos la expresión *latino* tiene sentido, es la manera como los norteamericanos distinguen a todos aquellos que han nacido desde México hacia abajo" (Rondón, 2004, p. 283).

EEUU. Y ni hablar de los enfrentamientos entre los politeísmos a lo largo de la historia humana del planeta; Troya es sólo un ejemplo más.

En lo que concierne a la contienda entre monoteísmos, ha dejado conflictos poco solubles en el alma* hispánica, que se enfrentó al monoteísmo radical de los bereberes musulmanes que conquistaron la península a partir del primer ataque en 711, exactamente un siglo después de que Mahoma comenzara a propagar su fe. Tal enfrentamiento se zanjó en grandes batallas que formaron parte de una guerra crónica -la *de reconquista*, que duró más de 700 años- pero también dio pie a sociedades tolerantes (Fuentes, 1992) no sólo por el espíritu politeísta de base romana heredera de la griega- y celta, sino por los mismos gérmenes liberadores de los mitos hebreos y cristianos, como la igualdad ante Dios, el parlamentarismo²⁶ (sustentado además en la tradición democrática de Moisés al fundar paritariamente el sanedrín, como una forma de disminuir el espíritu de horda) y, especialmente, el mandato divino de no soportar la esclavitud y considerar la *Otredad** en carne propia. Si se detalla esta enumeración, se puede apreciar que es muy ajena al espíritu de secta que rige el monoteísmo radical, inclusive en sus versiones ateas y antiteas nacidas en la Ilustración*.

Vale la pena mencionar también que la resistencia hispánica contra los musulmanes permitió mantener y cultivar el individualismo y el culto al honor, así como el estoicismo, el arraigo al hogar y la familia, como rasgos contenedores de una psicología hispánica rural, agrícola y pastoril (Fuentes, 1992). El principio del fin para los musulmanes en Iberia (y por extensión en el continente europeo y en la pretensión de conquistarlo) se dio en la batalla de Las Navas de

²⁶ En 1188 se dio la primera convocatoria por parte de un rey (Alfonso IX de León) a un parlamento legislativo; igualmente, fueron conformadas las cortes consultivas a principios del s. XIII. Todos estos actos fueron pioneros en Europa. Preceden a los parlamentos alemán (1232) e inglés (1265) (Fuentes, 1992).

Tolosa en 1213, con lo cual la recuperación del sur fue muy lenta pero indetenible hasta la caída del reino de Granada en 1492, el mismo año en que desembarcó la flotilla del almirante Colón en el *nuevo* continente.

La pasión de la reconquista dio forma a la conquista, uno de cuyos ingredientes fundamentales no fue sólo la codicia sino la *Utopía*, con lo cual y paradójicamente se generó la exclusión, hasta el exterminio en la mayoría de las regiones, del aborigen americano. El vocablo *Utopía* significa *un lugar que no es, que no existe* (del libro homólogo de Tomas Moro de 1516). Pero la exaltación triunfalista del fin de la reconquista se encargó de demostrar que la *Edad de Oro* (o *El Dorado*) sí existía, allende los mares: El *Nuevo Mundo*.

Los cronistas de la nueva épica complementaron los relatos cosmogónicos de los indoamericanos para sembrar la semilla de lo que definió Carpentier (1949, pp. 7, 17), 500 años más tarde, como lo *real-maravilloso*:

Y es que, por la virginidad del paisaje, por la formación, por la ontología, por la presencia fáustica del indio y del negro, por la Revelación que constituyó su reciente descubrimiento, por los fecundos mestizajes que propició, América está muy lejos de agotar su caudal de mitologías [...] ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso?"

Desde el punto de vista de la psicología analítica*, lo real-maravilloso como complejo cultural tiene sus fuentes en la historia:

Los héroes españoles andaban a caballo. Su viaje hacia lo desconocido, hacia lo que luego se llamó América, lo estimuló la victoria sobre Granada y el espíritu de reconquista y reunificación de España. Estos hechos liberaron una energía que se drenó en la aventura y la

conquista. Por otra parte, la mente de estos héroes estaba colmada por la bizarra imaginación de los libros de caballería, el legado de la literatura medieval que Cervantes condensó de un modo tan hermoso y humorístico en su héroe Don Quijote. Así pues, fueron héroes, con imaginación heroica, los que fundaron nuestro continente e impregnaron nuestras psiques con esa imaginería (López-Pedraza, 2002, p. 21).

Ese heroísmo caballeresco dio paso a la presencia documentada (Ramírez, 2007) de ríos como mares sin olas, cuya otra orilla no era visible; montañas de nieves perpetuas con laderas de páramos donde los gritos se ahogaban a sí mismos y de caminos que desembocaban en selvas de serpientes colosales como dragones; volcanes que crecían de un día para otro en medio de un maizal, y que al eructar cambiaban para siempre la fisonomía de un vasto paisaje; y lo contrario, volcanes dormidos en cuyas calderas reposaban desde hacía varias generaciones pueblos enteros; huracanes de espanto capaces de zarandear un navío hasta mitad de la selva; ríos que crecían en muy poco tiempo y depositaban mar adentro el botín de su paso atolondrado: cadáveres de hombres, mujeres y niños, de animales, árboles y piedras gigantescos, los restos de las viviendas, los bártulos; aguaceros que duraban varios años; frutas que contenían leche como las mejores vacas; etcétera.

A esa lista se agregarán otras, también documentadas por el notario de Colón, Juan Pérez de Luna, o como Cristóbal de Acuña, Fernández de Oviedo y Juan de Aréizaga. Se tomó debida nota por otros cronistas, entre ellos el mismo Colón, Mártir de Anglería²⁷, el Abad Botero, Pedro Sarmiento de Gamboa, Bernal Díaz del Castillo, Américo Vespucci y hasta los hermanos Pizarro y Sir Walter Raleigh

²⁷ Quien nunca estuvo en América (Rodríguez Carucci, 2002).

(Ramírez, 2007). Pero también los conquistadores hallaron tesoros literarios como el *Popol Vuh*, libro de libros de la cultura maya, donde habitan dioses implacables como los del panteón helénico y cristiano, regidores de la abundancia y la miseria, como los señores de Xibalbá (Ramírez, 2007; Rodríguez Carucci, 2002).

Hay que considerar también, una vez ocupada la mayor parte del territorio que parecía interminable, el legado mitológico de los esclavos africanos. Portaban en su alma una formidable riqueza politeísta, un abanico abierto de posibilidades cercanas que lograron hilvanar con la imaginería céltico-cristiana y, con ello, una valiosa integración psicobiológica con el paso de los siglos, que hoy es uno de los componentes fundamentales en nuestra arquitectura cultural (Fuentes, 1992; López-Pedraza, 2002), especialmente en el Brasil y en la cuenca del Caribe.

En la inflación de las victorias, como parte de la herencia heroica y libertaria, los conquistadores extraviaron la poca buena fe y el sentido común, pero también encontraron cauces para literalizar esa herencia. La *hybris*²⁸ heroica dio paso también a pleitos intestinos, como es el caso más llamativo del quizás *verdadero precursor* de la independencia americana, Lope de Aguirre (Cit. por Otero Silva, 1980, pp. 165-166); su proclama desde la selva amazónica en 1561 es taxativa:

...digo que me desnaturó desde luego de los reinos de España, donde yo era natural; y que si algún derecho tenía a ella en razón de ser de mis padres también naturales de aquellos reinos y vasallos del rey don Felipe; me aparto totalmente de ese derecho y niego ser don Felipe mi Rey ni señor. Y digo que no lo conozco, ni quiero conocerlo, ni tenerlo ni obedecerlo por tal.

²⁸ El orgullo desmedido, la insolencia agresiva, que se transforma fácilmente en violencia; es uno de los rasgos psicológicos fundamentales del héroe como arquetipo*.

Ya es conocido el desenlace trágico de Lope de Aguirre al liderar una gesta obstinada que se caracterizó por su sectarismo, carnicería y destructividad, sus deserciones y la paranoia del jefe desde el río Amazonas hasta las costas orientales y al centro de Venezuela, donde finalmente dio muerte con sus propias manos a su hija adolescente con el fin de evitar que sus múltiples enemigos se vengaran en ella.

La Soledad como rasgo sustancial de Hispanoamérica

Lope de Aguirre es una buena oportunidad para revisar el *sentimiento*²⁹ *de soledad* del conquistador, consustancial con la soledad del hispanoamericano contemporáneo, como lo propone Ross (1971, 1992). El conquistador hispánico en general es guiado por el afán utópico y de oro que conllevan poder, todo asociado a una *hybris* constelada* históricamente a partir de los largos años de la reconquista.

Siente frente a sí el infinito de la nueva naturaleza y siente dentro de sí la exigencia de la conquista de ese infinito [...] ese sentimiento del mundo va acompañado por su correspondiente sentimiento de la soledad [...] Para el conquistador y para el escritor que canta sus hazañas, la soledad se presentará como un sentimiento que traduce la *irrupción súbita y heroica de la finitud del yo dentro de la infinitud de la naturaleza* (Ross, 1971, p. 10).

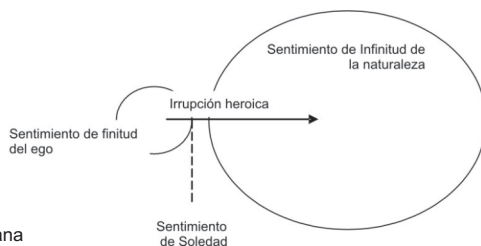


Gráfico 1. Dinámica de sentimientos prevaletentes en la conquista americana (con base en Ross, 1971).

²⁹ Ross utiliza el término en tanto *personificación*, similar a lo que en la teoría jungiana es el *complejo*, una ideación inconsciente con una fuerte carga emocional y que dirige a la conciencia.

Pero con el advenimiento del Barroco, el exceso que simboliza la infinitud de la naturaleza se torna en recargo de motivos, metáforas y adornos en todos los órdenes de la vida y en especial en el arte y en la religión. Es la época de la excelsa alabanza al Dios infinito, que forzosamente debe quedar restringido a los códigos legales y canónicos, a las jerarquías ultramarinas que de todas formas se presentan en la plaza mayor, el lugar común, regido por la iglesia, el ayuntamiento y el cuartel (Fuentes, 1992; Ross, 1971).

Si bien en la conquista prevalece la ruptura del sentimiento de *finitud* y su soledad pasaba por la aceleración de las acciones que pretendían alcanzar la *infinitud* de la naturaleza, en el Barroco prevalece el intento de bajar a Dios en la experiencia estético-religiosa:

Al sentir la imposibilidad de esta empresa, se deja llevar por la abrumadora presencia de Dios hasta los límites insondables y dulces de la muerte. En última instancia, el Barroco es la expresión espiritual e inmanente de la aventura conquistadora, con sus mismas modalidades y arrebatos, pero esta vez llevada al interior del espíritu... (Ross, 1971, p. 10).

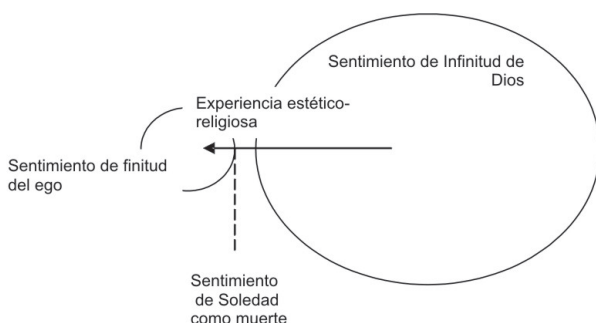


Gráfico 2. Dinámica de sentimientos prevalecientes en el Barroco (con base en Ross, 1971).

La vuelta hacia el exterior vendría dada por la Ilustración y la Independencia “(...entre 1794, año en que Antonio Nariño traduce y publica la Declaración de los derechos del hombre, y 1830 en que se cierra la etapa de la empresa de Bolívar)” (Ross, 1971, p. 12): Se quiere ocupar de nuevo el papel del conquistador no para dominar la naturaleza, sino la sociedad y su devenir.

Dios se va a concebir entonces no tanto como creador de un orden rígido, sino más bien **como el Gran Compañero que resguarda al hombre en el ejercicio de su libertad y lo conduce por los caminos del heroísmo** para que así obtenga los frutos de dicha libertad. De allí que las palabras de Bolívar pronunciadas en su discurso ante el Congreso de Bolivia (1826) sean sintomáticas en ese sentido: **“Dios ha destinado el hombre a la libertad. Él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío”** (Ross, 1971, p. 13. Subrayado mío).

Mitológicamente prevalece un sentimiento de soledad que se traduce en la proyección de la libertad dentro de la *finitud* del yo hacia la *infinitud* temporal de la historia.

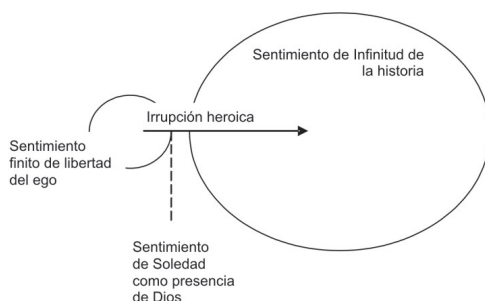


Gráfico 3. Dinámica de sentimientos prevalentes en la Ilustración-Independencia (con base en Ross, 1971).

Por lo expuesto, parece ser que la soledad como sentimiento ha sido una constante en el alma hispanoamericana, sentimiento que

hace puente y al mismo tiempo desliga la *finitud del yo* y las diversas *modalidades de lo infinito: Naturaleza, Dios, Historia*. Esta soledad emerge a partir “de la intuición de la imposibilidad de lograr una identificación permanente entre esos dos términos extremos del sentimiento” (Ross, 1971, p. 14).

Con el advenimiento de las repúblicas, el sentimiento de libertad individual que fue proyectado en la historia parece guardarse dentro de la psique con la presencia entre nosotros del Romanticismo y el Modernismo. De nuevo el individuo percibe que fuerzas contrarias a la libertad se asoman, ésta vez desde el nuevo poder criollo.

En el Romanticismo americano puede ser paradigma *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, quien reflexiona acerca de la herencia despótica de la colonia en los próceres que nos gobiernan. Como en el Barroco, prevalece en el hombre hispanoamericano un sentimiento de que la *finitud* de su yo se enfrenta, no a un Dios inconmensurable, sino a la *infinitud de la incomprensión de los poderosos y de la ignorancia, sobre la que se basan aquellos para desgobernar, aun a través de la vocación romántica y modernista*. Además, vuelve a la carga la naturaleza salvaje con sus limitaciones implacables para la salud, la edad y el ejercicio de la ciudadanía republicana.

...el romántico no trata ya de asimilar dicha infinitud dentro de sí, sino que, por el contrario, la rechaza. Así por primera vez, se da dentro de nuestra literatura una ruptura entre los términos de la relación finito-infinito. Y entonces la soledad no será más un sentimiento [...], sino una *presencia real de la libertad enfrentándose a un mundo bárbaro y absorbente* (Ross, 1971, p. 15).

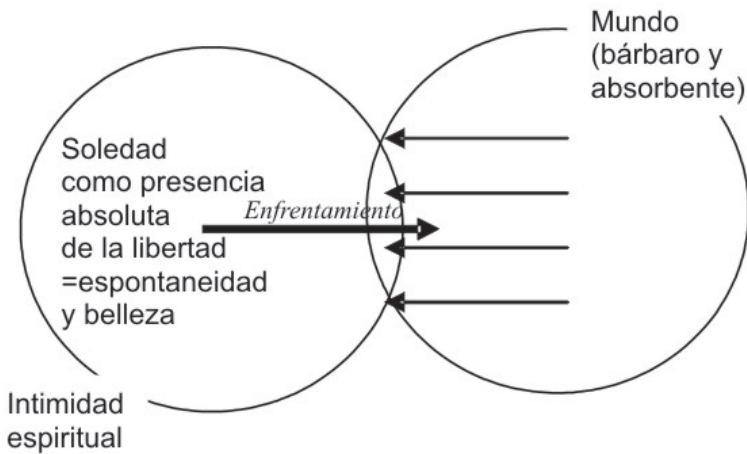


Gráfico 4. Dinámica psíquica prevaliente en el Romanticismo y el Modernismo (con base en Ross, 1971).

Esta tradición proseguirá en el Modernismo, “que se inicia oficialmente en 1888 con la muerte de Sarmiento y la publicación de *Azul* de Rubén Darío” (p. 16) y traza un camino hacia adentro en la búsqueda de la identificación con la libertad absoluta asociada a la belleza. Ése será el tenor que dibuja a la soledad en la creación literaria del continente, como ocurre en varias novelas de Gallegos (1958): *Reynaldo Solar*, *Cantaclaro*, *Canaima* y *Doña Bárbara*.

En ellas, la *soledad* resalta como el *carácter esencial del espíritu, incluso vista como meta de evolución espiritual*, que se puede manifestar en la voluntad heroica y en la naturaleza bravia como imagen especular, hasta el punto de convertirse en un personaje principal. De hecho, “en Gallegos la soledad emerge como una persona que actúa con sus propios caracteres y reacciones psicológicas” (Ricard, 1971, p. 9).

Cien años de soledad como paradigma mitológico

Interesa ahora decantar, por una parte, las propuestas de Ross en su análisis histórico de nuestra literatura continental y, por otra,

desarrollar algunas ideas propias en torno al paradigma que propongo³⁰.

Gracias a *Cien años de soledad*, América Latina por fin cuenta con su propia biblia, en la que se relata nuestra historia desde el génesis hasta el apocalipsis, con sus éxodos y plagas, sus maldiciones y esperanzas, sus transformaciones y recurrencias; cuenta con su *Popol Vuh* mestizo y continental; cuenta, en fin, con su *Quijote*, porque como ocurre en la obra cervantina, el retrato de la realidad es más veraz e incisivo en la medida en que más generosos son los atributos de la imaginación del que la mira (Celorio, 2007, p. 522).

Ese libro de García Márquez contiene las soledades descritas por Ross no sólo en su proceso, en tanto historia lineal en la genealogía, sino como componente vertebral en las historias particulares de los personajes. En ellos puede prevalecer un tipo de soledad a lo largo de una vida, o bien cambiar de acuerdo al impacto de las circunstancias, las que muchas veces la misma soledad desencadena.

Por ejemplo, parece obvio que el éxodo convocado y dirigido por el patriarca José Arcadio Buendía esté signado por la *soledad conquistadora* la que, aun cuando nació de una huída moral ante la culpa por la muerte en duelo de Prudencio Aguilar, sirvió como enzima social para constelizar* la imagen arquetipal* de la *tierra prometida* o *edad dorada*, situación que repite cuando hace una segunda convocatoria fallida para sacar a Macondo del atraso. Es significativo que sea su esposa Úrsula quien, en la búsqueda infructuosa del hijo pródigo, traiga al pueblo un nuevo contingente

³⁰ Un estudio pormenorizado desde la estética literaria puede encontrarse en Celorio (2007), donde el autor señala cómo nuestra literatura hispanoamericana fue hilvanando sus obras magnas hasta desembocar en *Cien años de soledad* como paradigma mitológico. De igual forma, Vargas Llosa (2007) describe magistralmente los componentes socio-históricos de esa mitología hispanoamericana contenida en la obra.

migratorio *familiarizado* con el progreso anhelado por el patriarca. Llama la atención que sea el elemento femenino el que haya superado la dinámica de la *soledad conquistadora*, como lo hicieron las mujeres troyanas.

La *soledad barroca* se puede apreciar no sólo en su literalización aparatosa en la rigidez de Fernanda del Carpio, sino en el primer momento artesanal del joven Aureliano Buendía. Éste se transfigura sucesivamente en caudillo militar para experimentar la *soledad ilustrativa* (de ahí su afinidad con su sobrino-nieto el sindicalista José Arcadio Segundo) hasta desembocar de lleno en la *soledad romántica-modernista*, libro de poemas incluido (aunque quemado, como sucede en la imagen arquetípica del *poeta maldito*), propia del retiro de sus últimos años.

Quien parece incorporar en gran parte de su historia personal la soledad galleguiana de *Cantaclaro* es el disoluto Aureliano Segundo, en especial cuando confía en Petra Cotes como diosa de la fortuna. Como ya fue insinuado, Melquíades y Úrsula -y aun la esclarecida Amaranta y el mismo Coronel Aureliano Buendía en vísperas de muerte- encarnan soledades *esenciales del espíritu, como metas valiosas de su evolución espiritual*. Algo similar ocurre con José Arcadio Segundo, en su vertiente de empeño en vencer la naturaleza, como su bisabuelo José Arcadio Buendía, cuando transformó el curso del río con *voluntad heroica*, como sucedió también con uno de los 17 hijos del coronel, Aureliano Triste, quien llevó el tren a Macondo.

Cien años de soledad puede jugar un importante papel hermenéutico* en el examen psico-antropológico de Hispanoamérica (y más específicamente en la cuenca del Caribe) como lo pueden hacer *La Ilíada*, *La Odisea* o *La Biblia* en el examen

del alma universal o específicamente occidental.

Además de los ejemplos antes mencionados, es posible desarrollar la propuesta de Ross sobre la soledad en tres puntos esenciales en nuestra psicología profunda* como pueblo hispanoamericano: 1)La actitud ante las carencias, 2)La violencia como necesidad. 3)Opciones ante la soledad.

1) **Actitud ante las carencias**

Hay una *frontera* inicial ante la vida, expresada en el alma hispanoamericana (p. 22), cuando José Arcadio Buendía se queja ante su mujer: “Nunca llegaremos a ninguna parte” [...] “Aquí nos hemos de pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia”. Ha sido la misma motivación para migrar desde el campo a los centros poblados en variadas edades y geografías, no sólo para el disfrute de tecnologías de punta o de las elementales, sino para algo más sencillo e inmediato, como es la satisfacción de las urgentes necesidades alimenticias.

Esto ha creado en nuestra historia un alma en transición entre el campo y la ciudad. En medio de un pleito de gallera José Arcadio Buendía repuso su hombría mancillada por el insulto a su hembra por parte de Prudencio Aguilar: “-Te felicito-gritó-. A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu mujer” [...] “La lanza de José Arcadio Buendía, arrojada con la fuerza de un toro [...] le atravesó la garganta” (pp. 31, 32), el centro de la oralidad³¹.

José Arcadio Buendía creyó que, por fin, podría fecundar a Úrsula Iguarán sin los azares sombríos de “dos razas secularmente cruzadas” (p. 30) y que ya habían tenido un antecedente escandaloso con el engendro de un varón con hopo de puerco. “Si has de parir iguanas, tendremos iguanas dijo-. Pero no habrá más

mueritos en este pueblo por culpa tuya” (p. 32). Y aunque Úrsula Iguarán, su esposa, finalmente consintió el matrimonio, puesto que “...seguía virgen un año después de casada...” (p. 31), el fantasma de Prudencio Aguilar los atormentó de tal manera que debieron emigrar.

Una noche en que lo encontró lavándose las heridas en su propio cuarto, José Arcadio Buendía no pudo resistir más. / Esta bien, Prudencio le dijo-. Nos iremos de este pueblo, lo más lejos que podamos, y no regresaremos jamás. Ahora vete tranquilo (p. 33).

Así que se dio la migración, difícil como toda migración y más difícil aún cuando la sombra que se quiere apaciguar resucita con el tiempo, a pesar de que “antes de partir” se hagan rituales de expiación: “enterró la lanza en el patio y degolló uno a uno sus magníficos gallos de pelea, confiando en que esa forma le daba un poco de paz a Prudencio Aguilar” (p. 33), al espanto de la endogamia y el incesto.

“Cuando por fin lo identificó, asombrado de que también envejecieran los muertos, José Arcadio Buendía se sintió sacudido por la nostalgia. ‘Prudencio exclamó-, ¡cómo has venido a parar tan lejos!’” (p. 95). Puede observarse un eco gallegiano en todo este episodio. A más de ser los duelos y pendencias por nimiedades una costumbre rural de la época, en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, Don José Luzardo mata con su lanza a su hijo Félix en un pleito de gallera y luego *entierra* el arma en uno de los muros de bahareque de la habitación donde el filicida se *encierra* hasta morir de mengua, como una forma de expiación. A partir de allí, se da la migración por parte de la viuda y el hijo adolescente Santos quien retornará como

héroe cultural a desenterrar la lanza como paso inicial de su obra civilizadora.

El tejido de la vida rural continúa en los grandes centros poblados. Es una herida que pervive a pesar de la cordillera, la selva o el llano transitados, de todas las distancias, días, semanas, meses y años puestos como límites para la desmemoria de las tragedias.

Empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado (p. 56).

La separación abrupta del terruño o *tellus mater* (Madre Tierra) (Eliade; 1984, orig. 1948), el éxodo a través del cual se emprende la huida en el espejo de *la búsqueda* se halla catalizado por “un común remordimiento de conciencia” (p. 30) personificado en la tragedia de Prudencio Aguilar (o de Félix Luzardo), muerto en duelo obligatorio por un macho ofendido. José Arcadio Buendía aniquila dos veces a su antagonista: primero en la forma del gallo contendiente y luego de manera literal, para hacer de la tragedia el motivo fundante del traslado.

Como *Edipo Rey* de Sófocles ante el pánico por el incesto y el consecuente parricidio, vaticinado por la pitia de Delfos, José Arcadio Buendía huye de su pueblo ante el acoso fantasmal, como lo había hecho Santos Luzardo en su adolescencia. Es un espectro que parece simbolizar la culpa: gracias al desafío de Prudencio Aguilar se re-unen “aquellos saludables cabos de dos razas secularmente entrecruzadas” (p. 30), José Arcadio Buendía y su prima-consorte³¹, Úrsula Iguarán.

³¹ En *Doña Bárbara*, Santos Luzardo se casa, al final de la novela, con su prima Marisela

En ambos héroes Edipo y José Arcadio Buendía- es común el vínculo trágico con la consanguinidad, el destino inexorable cantado por el oráculo. La primera migración está espueleada por Prudencio Aguilar, la segunda está a punto de ocurrir en la búsqueda del **espejismo** de las nuevas tecnologías, la presencia prometeica, pero Úrsula Iguarán la detiene oportunamente con dos argumentos: uno, si la tierra reclama un muerto para ser considerada como *tellus mater* para José Arcadio Buendía no es suficiente haber tenido un hijo, entonces ella se muere-, dos, la **invocación de la paternidad**: José Arcadio Buendía debe ocuparse de sus hijos, que viven como los burros (p. 23). Melquíades en Macondo, como la pitonisa del templo de Apolo, sabe ya de la huella del **olvido y la locura en el devenir de la familia**, de la lucha fracasada por evitar la consumación del incesto, de la sincronicidad trágica de la aventura épica emprendida a partir de los escapes de la *tellus mater*, la centrifuga.

El escape del wuayúu* Cataure, no obstante, tiene una dirección y motivación diferentes. Primero con su hermana Visitación vive la amenaza que los obliga “a desterrarse para siempre de un reino milenario en el cual eran príncipes. Era la peste del insomnio” (p. 56), que cursa -como fue descrito en la página anterior- con la pérdida inicial de la memoria a largo plazo y luego con la caída de los recuerdos inmediatos, para fulminar por último a la propia conciencia.

Al descubrirse el mismo mal en destino, “Cataure, el indio, no amaneció en la casa. Su hermana se quedó, porque su corazón fatalista le indicaba que la dolencia letal había de perseguirla de todos modos hasta el último rincón de la tierra” (p. 56).

No parece haber en estas historias promesas de un mundo

mejor que impulse el movimiento. La utopía vendría luego, una vez que el espanto ha copado espacios y tiempos actuales y se hace imprescindible la migración. El espectro aun en forma de peste del olvido es, entonces, *el mensajero, el angelus* que desencadena la crisis de la llamada a la *a-ventura* (Campbell, 2005), el rumbo sin aparente destino.

Esa llamada irresistible por la **conquista de la geografía desconocida** tiene entonces su correspondencia con el **mundo interior** de los protagonistas. Puede ser la necesidad de fusión con la Naturaleza, como lo plantea Ross (1992), una *vuelta a lo primigenio*, un re-torno, contradicción (huida/re-encuentro) que desarrollaré en el tercer subtítulo de esta cuarta parte del capítulo que corre.

Una especie fundamental para las odiseas hacia el mundo ignoto es el espíritu aventurero que encarna José Arcadio Buendía, en especial cuando se dirigen “hacia la tierra que nadie les había prometido” (p. 33). Quizás ello sea una de los cimientos arquetipales de nuestra errancia, perdidos aún en la frontera *ancha y ajena* (Alegría, 1980) de la esperanza libertaria ante las injusticias de los poderosos.

Con todo lo precario que pueda parecer, **el asentamiento se ha dado no sólo en la geografía objetiva, sino en la subjetiva, en el paisaje del alma.**

La noche en que acamparon junto al río [...] tenían un aspecto de naufragos sin escapatoria, pero su número había aumentado durante la travesía y todos estaban dispuestos (y lo consiguieron) a morir de viejos. José Arcadio Buendía soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casas de paredes de espejo. Preguntó qué ciudad era aquella, y le

contestaron con un nombre que nunca había oído, y que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo. Al día siguiente convenció a sus hombres de que nunca encontrarían el mar. Les ordenó derribar los árboles para hacer un claro junto al río, en el lugar más fresco de la orilla, y allí fundaron la aldea (pp. 34-35).

Hacer el claro exige la tala de árboles o la limpieza del rastrojal, **conquistar el ámbito necesario para sembrarse** aunque sea con “barro y cañabrava” (p. 9), crear el mundo a pedazos iniciales de senderos de tierra, trozos de madera, hojas de zinc, acuerdos para repartirse las parcelas, protegerse del sol y del agua celeste o de algún río cercano, hacer una comunidad *a escala* de la tierra original.

Para López-Sanz (2006) la *errancia* es la a-ventura estéril, afanarse en sembrar en las piedras, en la in-fertilidad. El errante es quien “anda de una parte a otra sin tener asiento fijo”, el compulsivo sin reflexión y por tanto también el “que yerra”, *el que comete pifias continuamente* (DRAE), como el Coronel Aureliano Buendía, cuyo historial García Márquez lo resume en la página 125 de la novela, y al que retomaré para abordar el espíritu del héroe hispanoamericano en próximas páginas.

Puedo adelantar que, al final de sus días, el Coronel Aureliano Buendía volvió a la casa y al patio de Úrsula Iguarán, **la madre bio-afectiva**. Ese re-torno es también a la **madre ancestral**, la de profundidades telúricas del inconsciente colectivo, que habita el castaño donde permanece amarrado el patriarca José Arcadio Buendía aun después de muerto: El *Pater Espiritu* proscrito en su locura, anudado al gran castaño. Su lugar lo ocupa *el ladre*, *Ananké*, el yugo de la necesidad.

En José Arcadio Buendía se cumple el destino mítico de los

conquistadores ibéricos: morir pobres, a pesar de que el oro ha pasado en abundancia por sus manos (Ross, 1971). Simbólicamente, en José Arcadio Buendía el oro pasa a través de la alquimia, el proceso de depuración **áurea** que finalmente logra, aunque sucumbe a *la locura vivida como pobreza psíquica*. Los pasos previos los vive con la *culpa-penitencia (negro)*, el *perdón y la inocencia (blanco)* la *sublimación y la pasión creadora (rojo)* (Ciriot, 2004; Jung, 2006, orig. 1946 OC 16).

El re-poso es entonces el re-greso³³, el re-torno, volver al punto de origen no como una vuelta en “círculo vicioso exasperante” (p. 230), sino con la visión a distancia del circo del pasado que se aleja (“no quedó sino el luminoso espacio en la calle, y el aire lleno de hormigas voladoras, y unos cuantos curiosos asomados al precipicio de la incertidumbre”, p. 305) como en la vista de un espejo que permite la *concentración implacable que premia con la paz del espíritu* (p. 230). No es el mismo personaje el que re-torna. El *torno* lo da el individuo o el grupo de individuos transfigurados por la guerra, el trabajo, el amor y demás pasiones inherentes a la cotidianidad, sea o no extraordinaria.

Uno de los destinos del guerrero parece ser entonces la vuelta al patio y a su árbol para re-posar de la *a-ventura*, de la *ausencia de lugar, el lugar que no existe o no es, la u-topía*. Como Odiseo de regreso a Ítaca luego de sus errancias. O Don Quijote de vuelta a la cordura en algún lugar de La Mancha (Cervantes, 2004; orig. 1605).

Para que haya re-greso debe haber habido una partida, la ruptura inicial con la Madre tierra, con el terruño o *tellus mater*. *Debe*

³³ En latín, la raíz *grad-* refiere el caminar, el andar. Así, *gradi* es caminar o dar pasos. El participio pasivo es *gressus*, que aunado a prefijos en castellano señala la dirección o circunstancias de ese andar. *Regreso* es pues *volver sobre los pasos*. *A-gresio* o *agresión* es *ir en sentido opuesto a la marcha del otro, enfrentarlo*. Etcétera (Corominas, 1973; Valbuena, 1829).

darse en tanto que posibilitaría la ampliación de la conciencia, hablando en términos psicológicos (Campbell, 2005). **Es la llamada interior que se confunde con el estandarte que va en la punta de la lanza de la vanguardia** (que es enterrada por José Arcadio Buendía como *héroe cultural*, el que construye, de acuerdo a Campbell). El Coronel Aureliano Buendía la literaliza con el escape hacia delante, con la *guerra-a-muerte*³⁴.

...fusilaría sin fórmula de juicio a toda la oficialidad que tuviera prisionera en ese momento, empezando por lo generales, e impartiría órdenes a sus subordinados para que procedieran en igual forma hasta el término de la guerra (p. 155).

De ahí la importancia de Prudencio Aguilar como portador trágico de la llamada, de *hacer camino al andar*, de **salir de la cueva originaria por medio de la tragedia** que conduce a una sierra sin destino conocido, sin ventura, que es decir el destino del azar (*tyché* para los helenos antiguos) o el inexorable e incógnito de los dioses (*Moira*), o de uno de ellos: *Lo que Dios quiera, En nombre de Dios, A la buena de Dios...*

Para Ramírez (2007), **lo real de Hispanoamérica es lo rural y no**

la modernidad urbana, el sueño político que se ofrece en un futuro siempre pospuesto. Y en esa sociedad rural, donde reina la mitología de la exageración y perviven la fe en el destino implacable y las bondades fortuitas de la suerte, sobreviven también tanto el lenguaje arcaico oral, con toda su riqueza represada, como el escrito, que proviene de las floridas construcciones parabólicas de los pliegos y mandamiento coloniales (p. 538).

³⁴ El Decreto bolivariano de Guerra-a Muerte "de 1814 estableció la culpabilidad política de los españoles y la inocencia espontánea de los criollos, y al mismo tiempo, introdujo una lesión en la memoria colectiva" (Torres, 2009, p. 29).

...las cuales, como vimos, se nutrieron a su vez de las fabulosas crónicas de Indias para desembocar con el paso de los siglos literarios en la referencia mayúscula de *Cien años de soledad* como centro mitológico. Vale la pena mencionar ahora que en la novela convergen esa tradición escrita con la tradición juglaresca que encarnó Francisco El Hombre, un personaje histórico-legendario, como Florentino en Venezuela (Arvelo Torrealba, 1991, orig. 1950) y Martín Fierro en Argentina (Hernández, 1997, orig. 1872), quienes se hicieron famosos por contrapuntear con un personaje misterioso, nocturno, diestro como su rival en las artes musicales del anecdotario y la improvisación melódica.

...Francisco El Hombre, un anciano trotamundos de casi 200 años que pasaba con frecuencia por Macondo divulgando las canciones compuestas por él mismo. En ellas [...] relataba con detalles minuciosos las noticias ocurridas en los pueblos de su itinerario, desde Manaure hasta los confines de la ciénaga, de modo que si alguien tenía un recado que mandar o un acontecimiento que divulgar, le pagaba dos centavos para que lo incluyera en su repertorio (p. 64).

Encontró a Francisco el Hombre, como un camaleón monolítico, sentado en medio de un círculo de curiosos. Cantaba las noticias con su vieja voz discordada, acompañándose con el mismo acordeón arcaico que le regaló Sir Walter Raleigh en la Guayana, mientras llevaba el compás con sus grandes pies caminadores agrietados por el salitre (pp. 64-65).

Más allá de la confesiones personales de García Márquez de que *Cien años de soledad* es la letra de un largo vallenato o de que su primera lectura fue *Las Mil y una Noches* (Bonnet, 2005; García Márquez; 2002; Mendoza y García Márquez, 1982; Saldívar, 1997), lo cierto es que *Cien años de soledad* cosecha y recrea a

Hispanoamérica en su síntesis cultural con un tono semejante al de Homero, el legítimo fundador de la oralidad en literatura

2)La violencia como necesidad

Ya insinué páginas atrás cómo la revancha ante las injusticias coloniales se tradujo en gobiernos criollos despóticos. Citaré dos ejemplos de cómo ese poder se tradujo igualmente en explotación y violencia de todo tipo, con su actitud subyacente.

La ley marcial facultaba al ejército para sumir funciones de árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron el banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras... (p. 344).

...de tanto odiar a los militares, de tanto combatirlos, de tanto pensar en ellos, has terminado por ser igual que ellos. Y no hay un ideal en la vida que merezca tanta abyección" [...] -A este paso [...] - no sólo serás el dictador más despótico y sanguinario de nuestra historia, sino que fusilarás a mi comadre Úrsula tratando de apaciguar tu conciencia (p. 187).

Fue entonces cuando decidió que ningún ser humano, ni siquiera Úrsula, se le aproximara a menos de tres metros. En el centro del círculo de tiza que sus edecanes trazaban dondequiera que él llegara, y en el cual sólo él podría entrar, decidía con órdenes breves e inapelables el destino del mundo. La primera vez que estuvo en Manaure después del fusilamiento del general Moncada se apresuró a cumplir la última voluntad de su víctima, y la viuda [...] no le permitió pasar de la puerta / [...] El coronel Aureliano Buendía no dio ninguna muestra de rencor, pero su espíritu sólo encontró el sosiego cuando

su guardia personal saqueó y redujo a cenizas la casa... (p. 193).

Parece entonces que la actitud ante la injusticia ha devenido en una necesidad de vivir comunitario que **conlleva en sí la fuerza de su propia destrucción, signada por el resentimiento.**

La soledad no está sola. La soledad supone aquello que no es. El hombre solitario implica, para serlo, la existencia de un entorno humano del que no participa [...] Las inclinaciones asociales compiten con las sociales y solidarias [...] La contraposición es constante. La tendencia al aislamiento se enfrenta innumerables veces con la capacidad de concertación. Contra esa tendencia luchan también los placeres y los raptos de exasperada sexualidad [...] De este complejo se deducen el predominio de la querencia solitaria y la derrota, en resumidas cuentas, de la solidaridad (Guillén, 2007, pp. cxxiv-cxxv).

El re-resentimiento implica, de alguna manera, volver a sentir. Repetir, repasar, reverberar sobre algún sufrimiento alguna vez ocurrido. El resentido [...] parte de una herida esencial, una circunstancia o conjunto de circunstancias que culminan en una suerte de mito de origen y destino que explica las vicisitudes, los fracasos y las pérdidas comunes a la vida humana [...] El resentimiento [...] parece ser [...] la vivencia generalizada de que se es una persona con la que el mundo está en deuda [...] Lo interesante del resentido es que hace una narrativa de las condiciones negativas que funciona tanto para disculpar los fracasos como para negar los éxitos (Torres, 2005, pp. 22, 23, 24).

Esta actitud es caldo de cultivo para el sectarismo, la superioridad psicológica y física sobre el otro, el diferente, el del otro bando. Es una visión simplificadora y reductiva de la vida, basada en una personalidad virginal y puritana, tan luminosa que la sombra

catastrófica sólo está en *el enemigo*. Prevalecen la intolerancia y la rigidez psicológica que conllevan al *desprecio y repulsión de todo lo ajeno*.

“El mando supremo de los patriotas había sido eliminado con la fórmula simple de ahorcar a todo el que supiera leer y escribir” (García Márquez, 1989, p. 83).

...una autoridad tenebrosa: el general Teófilo Vargas. Era un indio puro, montaraz, analfabeto, dotado de una malicia taciturna y una vocación mesiánica que suscitaba en sus hombres un fanatismo demente [...] en pocas horas desbarató la coalición de los comandantes mejor calificados y se apoderó del mando central [...] fue despedazado a machetazos en una emboscada, y el coronel Aureliano Buendía asumió el mando... (*Cien años de soledad*, p. 194).

Se inventó un uniforme con galones y charreteras de Mariscal [...] uniformó a sus antiguos alumnos, exacerbados por sus proclamas incendiarias, y los dejó vagar armados por las calles [...] Desde el primer día de su mandato Arcadio reveló su afición por los bandos. Leyó hasta cuatro diarios para ordenar y disponer cuanto le pasaba por la cabeza [...] impuso a los hombres mayores de edad la obligación de usar un brazal rojo [...] Al principio nadie lo tomó en serio. Eran, al fin de cuentas, los muchachos de la escuela jugando a gente mayor [...] Siguió apretando los torniquetes con un rigor innecesario, hasta convertirse en el más cruel de los gobernantes que hubo nunca en Macondo [...] No disponía de más de cincuenta hombres mal armados. Con una dotación máxima de veinte cartuchos cada uno. Pero entre ellos, sus antiguos alumnos, excitados por proclamas altisonantes, estaban decididos a sacrificar el pellejo por una causa perdida (pp. 126, 127, 140).

Para López-Pedraza (2000a, 2005), muchas veces **la principal actividad de la secta ha sido cantar *alabanzas* en honor del líder, así como su *obediencia absoluta*, la *sumisión*, con la consiguiente pérdida de la individualidad**. Todo esto se expresa en el discurso del adepto que transcribe el del líder, aunque las circunstancias usualmente sean más complejas que las categorías propias de la secta.

Aunque tardaron más de una hora en pasar, hubiera podido pensarse que eran unas pocas escuadras girando en redondo, porque todos eran idénticos, hijos de la misma madre, y todos soportaban con igual estolidez el peso de los morrales y las cantimploras, y la vergüenza de los fusiles con las bayonetas caladas, y el incordio de la obediencia ciega y el sentido del honor (p. 343-344).

Otra actitud ante las injusticias es la **compulsión compensatoria de la búsqueda del placer**, lo que remite al mito helénico de Dionisos, dios marcado por la huída, la pérdida de identidad y la venganza con medios similares a los que padece (persecución, desmembramiento psicológico y físico), lo que habla de un fuerte *resentimiento en el actuar*, ponderado por su aspecto sano, *que extingue la locura*. Cuando Dionisos pasa a Roma y se transforma en Baco pierde *el sentido trágico y religioso* que lo caracterizaba en la cultura helénica (López-Pedraza, 2000b); en el nuevo hogar se ofrendan *bacanales*, ceremonias para comer, beber, sexar y pelear (Risquez Iribarren, 2004).

Este arquetipo* puede tener el aspecto del *Puer Aeternus*, a quien le cuesta comprender la frustración, lo que genera desaliento, cinismo con rebeldía y sentimentalismo-crueldad: Es un complejo que incluye también al flirteo con la muerte como inherente a una personalidad adictiva, representado monstruosamente en la novela con el *Judío Errante*, un macho cabrío híbrido con humano que trastoca el clima y la vida en general.

En el simbolismo tradicional (Campbell, 2005; Cirlot, 2004) el *Judío Errante* es Ashavero, un hombre que no podía morir porque, en algunas versiones del mito, había insultado a Cristo y estaba condenado a la adictiva errancia. Uno de los ejemplos emblemáticos

del *Puer Aeternus* es el último José Arcadio, quien regresa de Roma donde debía prepararse para ser Papa.

José Arcadio seguía siendo un niño otoñal, terriblemente triste y solitario [...] ...restauró el dormitorio [...], mandó limpiar y remendar las cortinas de terciopelo y el damasco y el baldaquín de la cama virreinal y puso otra vez en servicio el baño abandonado, cuya alberca de cemento estaba renegrida por una nata fibrosa y áspera. A esos dos lugares se redujo su imperio de pacotilla (p. 414-416).

...Los encontró durmiendo apelotonados, desnudos, en una alcoba de naufragio. Enardecido no tanto por los estragos como por el asco y la lástima que sentía contra sí mismo en el desolado vacío de la saturnal, se armó con unas disciplinas de perrero eclesiástico que guardaba en el fondo del baúl, junto con un cilicio y otros fierros de mortificación y penitencia, y expulsó a los niños de la casa, aullando como un loco, y azotándolos sin misericordia, como no lo hubiera hecho con una jauría de coyotes (p. 422).

Otro rasgo de este complejo es la genitalidad, tanto aquella consentida por las protagonistas como aquella utilizada como un arma, como un medio más de dominio titánico para la obtención del máspreciado botín.

El coronel Aureliano Buendía [...] llegó con tres amantes que instaló en una misma casa, donde pasaba la mayor parte del tiempo tendido en una hamaca [...] De noche, o la hora de la siesta, llamaba a la hamaca a una de sus mujeres y obtenía de ella una satisfacción rudimentaria (p. 92).

En esta última dinámica se sigue la lógica del **sexo como acto de sometimiento**, donde la/el penetrado/a sufre un daño o degradación:

Arcadio la agarró por la muñeca y trató de meterla en la hamaca. “No puedo, no puedo”, dijo Pilar Ternera horrorizada [...] la agarró por la cintura con su tremenda fuerza hereditaria, y sintió que el mundo se le borraba al contacto con su piel. “No te hagas la santa”, decía. “Al fin, todo el mundo sabe que eres una puta”. Pilar se sobrepuso al asco que le inspiraba su miserable destino (p. 134-135).

3)Opciones de/ante la soledad

Recordemos que el coronel Aureliano Buendía fue el taciturno orfebre hasta que arribó al pacífico Macondo la injusticia de la guerra, que asimismo desencadenó en el héroe la activación del complejo cultural de la Ilustración y el Romanticismo. Éstos finalmente se desinflan en la desilusión inherente al estancamiento de la guerra y a la telaraña de la política, lo que genera en el derrotado militar el regreso a la orfebrería.

Luego de la capitulación, el Coronel Aureliano Buendía se dedicó a la artesanía, su pasión de juventud, en una suerte de alquimia del eterno retorno con la muerte y resurrección del colectivo de piezas: “cambiaba los pescaditos por monedas de oro, y luego convertía las monedas de oro en pescaditos [...] el círculo vicioso exasperante” (p. 230), círculo ya vivido como militar en la contienda civil interminable, en la “exquisita mierda de la gloria” (p. 279) y en el baldón de la derrota (“vejado, escupido, acusado de haber recrudecido la guerra sólo para venderla más cara”, pp. 200-201; “gritos, vituperios y blasfemias que habían de perseguirlo hasta la salida del pueblo”, p. 205); o más temprano con la propia muerte de la niña Remedios, su esposa, de la cual se re-puso alzándose en armas, trocando una aflicción natural en una rabia sorda contra el mundo.

Nunca fue mejor guerrero que entonces [...] [tenía] la certidumbre que por fin peleaba por su propia liberación, y no por ideales abstractos, por consignas que los políticos podían voltear al derecho y al revés según las circunstancias... (p. 199).

Al orinar por última vez en el castaño el coronel no ve el espectro de José Arcadio Buendía no lo vio nunca, como tampoco ve la eterna primavera del cuarto de Melquíades o *de las bacinillas*, tampoco visto por el joven oficial que busca sindicalistas insurrectos. **Imposibilidad de ver lo oculto y callar.** El guerrero parece enceguecer ante las re-velaciones, simbolizadas en los pergaminos proféticos de Melquíades y en las señales espectrales.

La muerte del héroe es una llamada de atención acerca de los símbolos que su sola imagen nos presenta. No parece casual que el coronel muera en el castaño donde su padre permanece atado, ni tampoco es azaroso que el patriarca José Arcadio Buendía se halle en esas condiciones.

Para Hillman (1993), el **deambular del errante está asociado a la frialdad distante del Senex, el anciano, una imagen arquetipal que acompaña al Puer.** El *senex* posee una bipolaridad extrema: Por un lado, el viejo sabio como Melquíades; por otro, el militar en retiro, esquivo y desencantado, muy *cerca del aburrimiento*. En la mitología helénica está encarnado en *Cronos* devorador, que pasó a Roma como el más benévolo *Saturno*, señor de las cosechas.

Melquíades sufre por pequeños percances cotidianos a pesar de su enorme sabiduría; en el Coronel subsisten la amargura y el ostracismo, éste a su vez fuente de la concentración como senda de

armonía con la soledad. El anciano gitano fue proscrito por su tribu, una vez muerto, por añorar el mundo de los vivos; el Coronel Aureliano Buendía era implacable, ávido de una fidelidad enfermiza en la guerra y en la paz.

Como energía arquetipal, el *senex* comanda las extinciones, los finales de toda situación. Como Saturno, es el señor de las cosechas y las toma como un tesoro, un botín que hay que ocultar, dando pie a la avaricia y la glotonería, que toca incluso la relación con lo femenino. El *senex* lo usa, lo consume, como consume todo lo que toca y previamente deseó. Así que el abandono signa sus relaciones y no sólo las de afuera. Al desapegarse del mundo rompe con el *Puer* y con éste la tensión propia de la salud del arquetipo. Escindido, no hay **ambivalencia** y se unilateraliza:

“Sin el entusiasmo y eros del hijo, la autoridad pierde su idealismo. Aspira únicamente a su propia perpetuación, llevando sólo a la tiranía y al cinismo” (Hillman, 1993, p. 229). Seco, el complejo se enquistas y chupa la energía de la psique para inmovilizarla, dando lugar a quejas y exigencias desmedidas. “La ingenuidad y la inmadurez se proyectan en otros. Sin ingenuidad no hay sabiduría, sólo conocimiento, serio, deprimente, encerrado en un laberinto de academicismos o usado como poder” (p. 230).

Así, **la errancia contiene un elemento depresivo y sardónico, la distancia ante la estupidez “ajena”**. El *Puer* debe convivir con el *senex* para *jugar en la vida* y no manipularla arteramente. **La ambivalencia es peligrosa y al mismo tiempo fuente de la creatividad**. En el Coronel hay un juego dialéctico del avance que retrocede, que asciende en espiral, por momentos el retorno compulsivo y por otros el re-torno a la distancia prudente que

observa las imágenes en el espejo de los aprendizajes.

El Coronel se dedica a la *concentración*, al *encuentro directo del centro*. Al final de sus años, regresa a casa y, dentro de ella, al patio de Úrsula Iguarán, la madre bio-afectiva. Ese re-torno es también a la madre ancestral, la de profundidades telúricas del inconsciente colectivo, que habita el patio donde permanece amarrado con su silla el patriarca aun después de muerto: El *Pater Espiritu* proscrito en su locura, **anudado** al gran castaño como símbolo eterno de la **espiral**, del **torbellino** que en el libro del Génesis bíblico es la *serpiente dia-bólica* (lo contrario a lo *simbólico*) la que produce la perdición de la pareja primigenia. Antes de que le suceda algo similar, el padre Nicanor Reina- el primer párroco de Macondo- deja de visitar al patriarca mayéutico “preocupado por su propia fe” (p. 104).

Ya vimos que el errante es aquél que no des-cansa, quien se afana para agotarse, preso del torbellino de la circunstancias y de sus pasiones, desacierta las salidas (López-Sanz, 2006), como “Aureliano Triste, un mulato grande con los ímpetus y el espíritu explorador del abuelo, que ya había probado fortuna en medio mundo, y le daba lo mismo quedarse en cualquier parte” (p. 250), o como su padre, el Coronel Aureliano Buendía:

...Promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche [...] Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento [...] Declinó la pensión vitalicia que le ofrecieron después de la guerra y vivió hasta la vejez de los pescaditos de oro que fabricaba en su taller de Macondo. Aunque peleó siempre al frente de sus hombres, la única herida que

recibió se la produjo él mismo después de firmar la capitulación de Neerlandia que puso término a casi veinte años de guerras civiles. Se disparó un tiro de pistola en el pecho y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital. Lo único que quedó de todo eso fue una calle con su nombre en Macondo (CAS, 125).

La opresión puede llegar a copar tantos espacios cotidianos que se hace irrespirable el totalitarismo. Entonces la soledad es una puerta abierta para no plegarse a la infinitud del sectarismo y del titanismo* convertidos en Estado-Gobierno o en la simple y terrorífica ley de la calle de la delincuencia.

Si la suerte la buena, se dispara en la vida, entonces habrá “un gozo vital y una simpatía irresistible” (p. 220), encarnada en los tiempos de prosperidad y balumba de Aureliano Segundo. Mas la *rueda de la fortuna* imagen del destino en el Medioevo europeo y el Renacimiento gira también hacia abajo, como imagen especular del ciclo y la vida agrícola, esta última históricamente carenciada para el que trabaja la tierra (Ross, 1992).

Petra Cotes [...] había visto los últimos destrozos de sus establos y caballerizas arrastrados por la tormenta, pero había logrado mantener la casa en pie [...]. Aureliano Segundo [...] la encontró verde, desgredada, con los párpados hundidos y la piel escarchada por la sarna [...] Ella le dijo que se asomara al dormitorio y [...] vio la mula. Estaba en el pellejo pegada a los huesos, como la dueña, pero tan viva y resuelta como ella. Petra Cotes la había alimentado con su rabia, y cuando no tuvo más hierbas, ni maíz, ni raíces, la albergó en su propio dormitorio y le dio a comer las sábanas de percal, los tapices persas, los sobrecamas de peluche, las cortinas de terciopelo y el palio bordado con hilos de oro y bordones de la cama episcopal (pp. 376-377).

La candorosa y abotagada cara de tortuga se le había

vuelto de iguana, y siempre andaba cerca del aburrimiento y el cansancio (p. 384). La voz se le iba llenado de notas falsas, se le fue destemplando y terminó por apagársele en un ronquido de perro [...] Hicieron una fiesta aparatosa, comparable apenas a las de los buenos tiempos de la compañía bananera, y Aureliano Segundo tocó en el acordeón por última vez las canciones olvidadas de Francisco el Hombre, pero ya no pudo cantarlas (p. 399).

Sin embargo, en esa caída inevitable Aureliano Segundo y Petra Cotes, la pareja adúltera, “se lamentaban de cuánta vida les había costado encontrar **el paraíso de la soledad compartida**” (p. 386, Sub. mío).

Me pregunto: ¿Habrá una libertad absoluta asociada a la belleza?

Mencioné anteriormente que la llamada a **la conquista heroica de la geografía desconocida tiene su reciprocidad con el alma, la geografía interior**. Puede ser como lo plantea Ross (1992) la necesidad de fusión con la Naturaleza, de retorno a la Gran Madre:

Como si su ser interno estuviera en relación indisoluble con los movimientos del cosmos [...] la verdadera identidad personal aparece como resultado de una “infiltración” de la vida cósmica dentro del núcleo recóndito de la personalidad, de eso que C.G. Jung llama la mismidad (*Self*), [...] **sentimiento de mismidad cósmica, formado sin duda bajo el influjo de la Naturaleza inmensa y majestuosa de América del Sur [...] / don Segundo Sombra en la novela de Ricardo Güiraldes, Juan Solito en *Canaima* de Rómulo Gallegos, o Melquíades en Cien años de soledad de García Márquez, nos dan la imagen de ese hombre sabio, de edad indefinida, de una serenidad situada más allá de la vida y de la muerte, de un gran silencio que parece reproducir la calma de los espacios siderales.** Y todo hispanoamericano que vive enredado en la telaraña de su **improvisación** y de su **gana**, siente en el fondo de su alma el llamado de aquella serenidad (pp.

18-19, Sub. mío).

La víspera del armisticio, cuando ya no quedaba en la casa un sólo objeto que permitiera recordarlo, llevó a la panadería el baúl con los versos en el momento en que Santa Sofía de la Piedad se preparaba para encender el horno.

-Préndalo con esto le dijo él, entregándole el primer rollo de papeles amarillentos-. Arde mejor, porque son cosas muy viejas.

Santa Sofía de la Piedad, la silenciosa, la condescendiente, la que nunca contrarió ni a sus propios hijos, tuvo la impresión de que aquél era un acto prohibido.

-Son papeles importantes dijo.

-Nada de eso dijo el coronel-. Son cosas que se escriben para uno mismo.

-Entonces dijo ella- quémelos usted mismo, coronel (pp. 203-204).

Lo que le interesaba a él no era el negocio sino el trabajo [...] Tan absorbente era la atención que le exigía el preciosismo de su artesanía, que en poco tiempo envejeció más que en todos los años de la guerra, y la posición le torció la espina dorsal y la milimetría le desgastó la vista, pero la concentración implacable lo premió con la paz del espíritu (p. 230) /...**comprendió que el secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad** (p. 231, Sub. mío).

También Amaranta Buendía, esa Hestia (Kérenyi, 1997) de nuestros patios internos y externos, vive en sus últimos años *la soledad como privilegio*:

...la misma concentración le proporcionó la calma que le hacía falta para aceptar la [...] frustración [...] Quedó a salvo de toda amargura. Le dolió no haber tenido aquella revelación muchos años antes, cuando aún fuera posible purificar los recuerdos y reconstruir el universo bajo una luz nueva, y evocar sin estremecerse [...] no por odio ni por amor, sino por la **comprensión sin medidas de la soledad** (p. Sub. mío).

La salida del laberinto observa un hilo de sangre filial, personificado, que recorre Macondo con la precisión del ovillo de Ariadna de Creta (Kéryni, 1997) hasta dar con el centro. *La Madre recorre a la inversa el camino hasta dar con el lugar periférico de la muerte, una alcoba matrimonial.* Otra imagen del centro es el árbol del castaño, donde reposa para siempre el patriarca y donde muere el Coronel mientras orina.

¿Se trata entonces de observar el mito de la soledad en todas sus vertientes?

La respuesta pasaría por la *anagnórisis o reconocimiento* de rasgos del alma nacional que pueden potenciarse para no seguir puliendo espejos ideológicos espejismos sino vernos tal cual somos en los espacios exteriores e interiores donde la conciencia pueda *re-posar, volver a posarse*, como en la vista de un espejo que permite la *concentración que premia con la paz del espíritu* (p. 230).

La solidaridad familiar o comunitaria no tiene por qué verse amenazada con la *individuación*. Esa reflexión *en el presente* muy propicia a nuestra idiosincrasia puede permitirnos digerir el pasado sin culpas ni resentimientos, añoranzas o nostalgias que ahoguen las perspectivas del futuro desde nuestras raíces. La historia no consiste en el panegírico de los superhombres, sino en su lectura desde la cotidianidad familiar, en el *re-poso* de lo materno, aun con las emociones o las pasiones que surgen en nuestras discusiones. Tal vez el futuro deje de ser una ilusión más en el desierto de la arengas y las personificaciones, para tornarse en las posibilidades que esperan a nuestras acciones individuales para hacerlas colectivas en el *con-sentimiento*.

Quizás de esta forma no estaremos *condenados a cien años de soledad* y, como consecuencia, *no tener una segunda oportunidad sobre la tierra*, ni sea nuestro destino sólo *el amar, el sufrir y el esperar* con que Gallegos cierra su novela magna.

GLOSARIO

Alma (colectiva)

Es equivalente a *inconsciente* colectivo.

Arquetipo

Los arquetipos son factores ordenadores y reguladores inconscientes de la vida psíquica, que se pueden expresar en los sueños en lo individual y los mitos en lo colectivo (Jung, 1998, orig. 1945).

Catarsis

De acuerdo a la *Poética* de Aristóteles, es la trascendencia de las pasiones por medio del arte: El reconocimiento de los propios complejos en un relato escenificado, ilustrado, contado...

Complejo

Grupo de ideas e imágenes con fuerte carga emocional. En principio, los complejos no son patológicos. Lo son cuando se estancan a partir de circunstancias difíciles que vive un individuo o una sociedad.

Constelización

En Psicología Analítica, *activación* de un complejo.

Hermenéutica

Interpretación. Puede ser de corte netamente racional, de búsqueda de significados a partir de signos que expresan resultados conocidos con base en etiologías, e *irracional* o simbólica, donde las expresiones recurren a lo emocional y a lo desconocido.

Ilustración

Movimiento cultural que tuvo su énfasis a finales del siglo XVIII ("Siglo de las Luces") y principios del XIX. Se caracterizó básicamente por el acento en la razón como vía privilegiada para el conocimiento y la consecuente acción, orientada fundamentalmente a la educación de las masas.

Imagen arquetipal

La cultura de una región o una nación provee las imágenes de los arquetipos. Por ejemplo, el mito del héroe trágico tiene una trama universal, pero toma cuerpo en un personaje literario, como el Coronel Aureliano Buendía, o uno histórico, como Bolívar o el *Che* Guevara.

Inconsciente

Lo no-consciente que contiene emociones, pensamientos, ideas, actitudes y motivaciones que influyen notablemente en la conciencia y en general en la conducta en vigilia.

Inconsciente personal

La historia individual que permanece en lo sombrío o no aceptado por la conciencia. En la psicología analítica, es el asiento de complejos individuales, e incluye contenidos de la historia futura.

Inconsciente colectivo

Todo el legado y lo por venir de la historia de la humanidad. Se expresa usualmente en sueños y mitos, además de las diversas expresiones culturales y religiosas autóctonas. En este ensayo, he intentado explorar este último aspecto a través de la literatura en cuanto mito.

Mito

De acuerdo a Aristóteles en su Poética, es la narración estructurada en una trama con un desenlace que implica catarsis. En el contexto de la Psicología Analítica, es la fenomenología de sucesos fundantes de la cultura o la civilización, sin importar su secuencia lógica o artística. Históricamente, su función ha sido enseñar al pueblo creyente el origen y las transformaciones del cosmos por medio de la sacralidad de los rituales inherentes. Es muy ajeno a la noción de *mentira*.

Otredad

En filosofía, conciencia del/lo otro. Da origen a actitudes y acciones con respecto a *lo que no creo que soy*, encarnado en lo(s) demás.

Psicología Analítica

Nombre que usó Jung para diferenciarse formalmente del psicoanálisis freudiano. También se denomina Psicología Profunda, Psicología Compleja o Psicología de los Complejos.

Psicología Profunda

Disciplina que estudia el **inconsciente** personal y colectivo.

Titanismo

Alude a los titanes, gigantes de la mitología helénica que representan la desmesura y la Hybris, el orgullo arrogante.

Wuayúu

Etnia aborigen de La Goajira colombo-venezolana.

REFERENCIAS

(Bibliografía y hemerografía)

- Alegría, C. (1980; orig. 1941). *El mundo es ancho y ajeno*. Caracas: ATECA
- Aristóteles (1990, orig. s. III a.C.). *Poética*. Caracas: Monteávila. Traducción, Introducción y notas de A. Cappelletti.
- Arvelo Torrealba, A. (1950). *Glosas al cancionero*. Caracas: La Torre.
- Baricco, A. (2005, orig. 2004). *Homero, Ilíada*. Barcelona: Anagrama.
- Bonnet, P. (Edit.) (2005), *El mundo según Gabriel García Márquez*. Bogotá: Icono.
- Campbell, J. (2005; orig. 1949). *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: FCE.
- Carpentier, A. (1949). Prólogo a *El reino de este mundo*. México: Iberoamericana.
- Celorio, G. (2007). Cien años de soledad y la narrativa de lo real-maravilloso americano. En García Márquez: *Cien años de*

- soledad*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conmemorativa.
- Cervantes, M. (2004, orig. 1605). *Don Quijote de La Mancha*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conmemorativa.
- Cirlot, J.E. (2004, orig. 1958 y 1969). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Siruela. 8ª edic.
- Corominas, J. (1973; orig. 1961). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos. 3a. Edic.
- (DRAE)-Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: RAE, 22ª edic. [Http://buscon.rae.es/drae/](http://buscon.rae.es/drae/)
- Eliade, M. (1984; orig. 1948). *Tratado de historia de las religiones*. México: Era
- Estébanez Calderón, D. (2000). *Breve diccionario de términos literarios*, Madrid: Alianza.
- Fuentes, C. (1992). *El espejo enterrado*. México: FCE.
- Gallegos, R. (1958). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- García Márquez, G. (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: La oveja negra.
- García Márquez, G. (1989). *El general en su laberinto*. Bogotá: La oveja negra.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, G. (2007, orig. 1967). *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conm.
- González, M. (2004): Memoria, olvido e identidad. Reflexión sobre las imágenes arquetípicas del tiempo, la memoria y sus olvidos. *Revista de Psicología Analítica, No. 5, Agosto*.

- González, M. (2007). Mitos, arquetipos y símbolos. Conferencia dentro del marco del *Master en Psicología y Psicoterapia Analítica*, Universidad Autónoma de Barcelona, España, febrero.
- Gombrich, E.H. (1977). *Tras la historia de la cultura*. Barcelona: Ariel.
- Guillén, C. (2007). Algunas literariedades de Cien años de soledad. En García Márquez, *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conm.
- Hernández, J. (1997, orig. 1872). *Martín Fierro*. Madrid: Edelsa.
- Hillman, J. (1993, orig. 1991). El senex. En Downing, Ch. (Ed.): *Especios del Yo. Imágenes arquetípicas que dan forma a nuestras vidas*. Barcelona: Kairós.
- Homero (1983; orig.s. IX a.C.) *Iliada*. México: Editores mexicanos unidos.
- Homero (1987a; orig. S. IX a.C.). *Odisea*. Madrid: Aguilar.
- Homero (1987b; orig.s. IX a.C.) *Iliad*. London: Penguin Classics.
- Jung, C.G. (1998, orig. 1945). Acerca de la fenomenología del espíritu en el cuento, en *Simbología del Espíritu. Estudios sobre fenomenología psíquica*. México: FCE. 5ª reimp.
- Jung, C.G. (2006, orig. 1946). La psicología de la transferencia. En *Obra Completa Vol. 16*. Madrid: Trotta.
- Kérenyi, K. (1997; orig. 1951) *Los dioses de los griegos*. Caracas: Monteávila.
- López Pedraza, R. (2000a, orig. 1987). *Ansiedad cultural*. Caracas: Festina Lente.
- López Pedraza, R. (2000b). *Dionisos en exilio*. Caracas: Festina Lente.
- López Pedraza, R. (2002). *Sobre héroes y poetas*. Caracas: Festina

Lente.

- López Pedraza, R. (2005). *Artemisa e Hipólito: Mito y tragedia*. Caracas: Festina Lente.
- López Sanz, J. (2006). Los arquetipos en la literatura: La epifanía de la tierra. Ítaca, el regreso del héroe y el hijo pródigo. *Curso monográfico*. Marzo-Mayo. Caracas: Universidad Tecnológica del Centro.
- Nilsson, M.P. (1972). *The mycenaean origins of Greek mythology*. LA: Univ. of California Press.
- Otero Silva, M. (1980). *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. Barcelona: Seix Barral.
- Pinardi, S. (2000). "Ámbitos de la plástica: entre el lugar y la enunciación". En Baptista, A. (coord. y ed.). *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*. Caracas: Fundación Polar, Vol. 3.
- Ramírez, S. (2007). Atajos de la verdad. En García Márquez, *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conmem.
- Rísquez Iribarren, F. (2004). *Diálogos con médicos y pacientes*. Caracas: Monteávila.
- Rodríguez Carucci, A. (2002). *Leer en el caos. Aspectos y problemas de las literaturas de América Latina*. Caracas: UCAB.
- Ross, W. (1971). *Ensayos sobre la geografía interior*. Madrid: Sánchez-Larra.
- Ross, W. (1992). *Nuestro imaginario cultural. Simbólica literaria hispanoamericana*. Barcelona: Anthropos.
- Saldívar, D. (1997). *García Márquez. El viaje a la semilla. La biografía*. Madrid: Alfaguara.
- Schökel, L. A. (2006). *La Biblia de nuestro pueblo*. Bilbao: Mensajero.
- Sófocles (1994; orig. S. V a. C.) *Tragedias completas*. Bogotá: Panamericana.

- Torres, A.T. (2005). Raíces del resentimiento. En *Revista venezolana de psicología de los arquetipos*, 1, 22-27.
- Torres, A.T. (2009). *La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la revolución bolivariana*. Caracas: Alfa.
- Valbuena, M. (1829) *Diccionario universal latino-español*. Madrid: Imprenta real (6ª edic.)
- Vargas Llosa, M. (2007). Cien años de soledad. Realidad total, novela total. En García Márquez: *Cien años de soledad*. Madrid: Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara. Ed. Conm.